

Y en efecto, por debajo de la sortija salía la sangre negra y espesa: Dapsul dejó caer la lima, se echó casi desmayado en su sillón y exclamó desesperado: « ¡ Oh triste de mí! El gnomo aparecerá lleno de cólera ahora mismo, y me ahogará, y mi sílfide no viene á socorrerme! ¡ Oh Ana! ¡ Ana! ¡ corre, sálvate! »

La señorita Ana, para quien aquella orden venía á pedir de boca, pues estaba ya cansada de las frases cabalísticas de su querido papá, desapareció con la rapidez del relámpago.

CAPÍTULO III

Llegada de un ilustre personaje al Castillo de Dapsulheim, y continuación de los acontecimientos

El señor Dapsul de Zabelthau acababa de abrazar á su hija con gran abundancia de lágrimas, y ya se preparaba para volver á la torre, donde esperaba de un día á otro que se le apareciese el gnomo encolerizado, cuando, de repente, se oyó el lúgubre ruido del cuerno, y se vió entrar á galope tendido, en el patio del castillo, á un caballero cuya figura era extremadamente cómica. Su caballo amarillo no era muy alto, sino más bien bajo y pequeño, lo que hacía que el caballero, á pesar de su enorme cabeza, no pareciese enteramente un enano, pues descollaba todavía sobre la cabeza de su cabalgadura. En realidad, á lo que debía tan débil ventaja era al largo de su espalda, pues por lo que hace á las piernas y pies,

lo que colgaba por debajo de la silla era cosa tan mezquina, que no hay para qué hablar de ello.

Por lo demás, el tal caballero llevaba una casaca muy linda de raso amarillo dorado, una gorra puntiaguda del mismo color, en cuyo extremo flotaba un verde penacho, y botas escuderiles de anacarado barnizado.

Detúvose delante del señor de Zabelthau dando un penetrante grito: ¡ prrrr! parecía como que iba á bajarse; pero de repente desaparece, rápido como un relámpago, debajo del vientre de su caballo, pega dos ó tres brincoos por el aire hasta la altura de cuatro varas, dando seis vueltas de campana en cada tercia de distancia, y cae en fin con la cabeza para abajo sobre el pomo de la silla. Galopa en esta posición, describe en el aire con sus piecillos un sinnúmero de troqueos, yambos y dáctilos, y dá saltos peligrosos y vueltas admirables hacia delante, hacia atrás, sobre la derecha y sobre la izquierda. Después de tan brillantes ejercicios de gimnástica, el hábil escudero se detuvo para saludar con mucha política al dueño del castillo, y entonces se vieron estas palabras trazadas en medio del patio: « *Al honradísimo Sr. Dapsul de Zabelthau y á su señorita hija, salud y respeto.* » Había escrito estas palabras con los pies de su caballo en hermosos caracteres romanos.

El caballero puso el pie en tierra, dió tres vueltas en redondo y dijo que tenía que cumplimentar al poderoso Sr. Dapsul de Zabelthau de parte de su gracioso señor y dueño, el barón Porfirio de Ockerodastes, apellidado Corduanspitz, y que si el Sr. Dapsul de Zabelthau era gustoso en ello, vendría el señor barón, que esperaba ser pronto su vecino colindante, á pasar *sans façon* dos ó tres días en el castillo de Dapsulheim.

Zabelthau, inmóvil y pálido de espanto, más muerto que vivo, y apoyándose en el brazo de su hija, murmuró: « Me será... muy agradable... » Pero apenas salieron

estas palabras de sus labios, el caballerito sin esperar más, lo saludó ceremoniosamente, como lo había hecho á su llegada y desapareció con la rapidez del relámpago.

— « ¡Ah, hija mía! exclamó Dapsul, llorando y gimiendo: ¡ah, hija mía! ¡pobre y desdichada hija mía! ya no podemos ponerlo en duda: el gnomo es quien viene a robarte y á torcerme el pescuezo. Despleguemos sin embargo el escaso valor que nos queda. Quizás será posible desarmar la cólera del espíritu, y para eso es menester que le acojamos del modo más benévolo. Sí, querida mía, voy á leerle algunos capítulos de Lactancio ó de Tomás de Aquino, sobre el comercio con los espíritus, no sea que vayas á cometer alguna equivocación.

Antes que el Sr. Dapsul de Zebelthau pudiera sacar de su biblioteca á Lactancio, Tomás de Aquino, ó algún otro Knigge (1) elemental, se oyó en el campo el sonido de una música semejante, poco más ó menos, á la que tocan los niños en la alegre fiesta de la Noche Buena.

Brillante y numerosa comitiva se acercaba al castillo: primero, en la vanguardia, sesenta ó setenta caballeritos, en otros tantos caballitos amarillos, y todos vestidos como el primero; gabanes amarillos, gorras puntiagudas y botas escuderiles, Venia en seguida un carruaje de purísimo cristal tirado por ocho caballos amarillos, al cual seguían cuarenta coches menos brillantes, arrastrados por seis ú ocho caballos cada uno. Multitud de pajes, correos y criados daban vueltas y escarceos á los lados de la larga hilera; en fin, aquello era digno de verse. Dapsul se había quedado absorto en su muda sorpresa, y la señorita Ana, que no había sospechado

(1) Autor de una obra titulada *Über den Umgang mit Menschen* (del comercio de los hombres) Stuttgart, 1815.

en su vida que existiesen criaturas tan lindas como aquellos caballos y caballeros, no volvía de su asombro, el cual llegaba á tal extremo que habiendo abierto la boca para dar un grito de alegría, no se acordó de volverla á cerrar.

El coche de cristal paró delante del Sr. Dapsul de Zabelthau. Los caballeros echaron pie á tierra, los pajes y lacayos corrieron inmediatamente á abrir la portezuela, y su noble amo el señor barón Porfirio de Ockerodastes, llamado Corduanspitz, bajó al patio del castillo, en brazos de sus numerosos servidores.

No era posible, en cuanto al cuerpo, comparar al señor barón con el Apolo de Belvedere, ni aun con el gladiador moribundo; pues además de no tener ni siquiera tres pies de largo, la cabeza, que era notablemente gorda, le cogía la tercera parte, cabeza cuya sublimidad no deslucían ni su gran nariz aguileña ni sus enormes ojos colocados á la flor de la cara. El arca del cuerpo era también bastante larga, de suerte que no quedaban más que tres ó cuatro pulgadas para las piernas; pero en tan pequeño espacio había sin embargo mucha robustez. El señor barón tenía los piececitos más lindos del mundo. Delgadas parecían no obstante sus piernas para sostener su venerable cabeza: el barón se balanceaba al andar, y aun á veces perdía el equilibrio; pero se levantaba en seguida con la rapidez de un prusiano, de suerte que sus volteretas parecían muestras de habilidad, ó figuras de contradanza. El barón llevaba su vestido de tela dorada y brillante, muy bien ceñido al cuerpo, y en su gorra, ó más bien corona, flotaba un gran penacho de plumas, tan verdes como si fueran hojas.

En cuanto saltó del carruaje se fué al señor Dapsul de Zabelthau, le cogió ambas manos, y echándosele al cuello, se colgó de él con mucha ternura exclamando con una voz tan ronca y cavernosa que parecía mentira

que pudiera salir de semejante figurilla: « ¡ Queridísimo Dapsul de Zabelthau ! ¡ amadísimo padre ! »

Y en seguida soltando con destreza y agilidad el cuello de Zabelthau, saltó ó más bien se arrojó vivamente al de Anita, la cogió con entusiasmo la mano en que tenía la sortija misteriosa, la llenó de resonantes besos, y exclamó con el mismo vocejón: « ¡ Oh hermosísima señorita Ana Zabelthau ! ¡ Novia adorada ! »

Y después de decir estas palabras, dió una palmada, y la ruidosa orquesta volvió á resonar en los aires, y cien caballeritos, apeándose de sus caballos ó de sus coches, se pusieron á bailar como antes había hecho el correo, ya de pies, ya de cabeza, describiendo con mucha gracia troqueos, espondeos, yambos, anapestos, tribacos, coriambos y dáctilos: daba gusto el verlos.

Entre tanto, tuvo la señorita Ana, tiempo para volver de su sorpresa; pero ¡ ay ! no fué sino para caer en nuevas inquietudes de economía doméstica.

¿ Cómo ha de ser posible, exclamaba para sí, el poder alojar á toda esta familia menuda en una casa tan pequeña? Si la necesidad pudiera servir de excusa, sería fácil colocar á todos los criados en nuestra granja, que es bastante grande para todos ellos; pero, ¿ dónde poner á tanto caballero que ha venido en carruaje, y que sin duda está acostumbrado á acostarse en soberbios aposentos, y dormir en lecho de pluma? Si se pudieran sacar de la caballeriza nuestros dos caballos carreteros, y si tuviera yo la crueldad de enviar al pasto á nuestro pobre y viejo *rucio* que ya no tiene fuerzas para moverse, pudieran acomodarse allí suficientemente todos los caballos que trae el dichoso baroncito. Pero, ¡ ay, Dios mío ! ¡ lo que recuerdo ahora ! ¡ Esto sí que es peor ! ¡ Toda la cosecha de un año no será bastante para dar de comer á tanta gente ni siquiera un par de días !.....

Este último pensamiento fué una puñalada para Anita.

Ya veía saqueados todos sus almacenes: las legumbres nuevas, el ganado, la carne salada, el aguardiente de remolacha, todo pasaba por delante de los ojos de su pensamiento, y semejante espectáculo le hacía saltar las lágrimas.

En aquel momento, se le figuró que el barón Corduanspitz le lanzaba una mirada maligna y burlona, y animada al ver su insolencia, le dijo clara y categóricamente en el instante en que el baile tenía más animación, que su llegada agradaba indudablemente á su padre; pero que no había que pensar en permanecer arriba de un par de días en el castillo de Dapsulheim, porque faltaban sitio y provisiones, para dar diariamente alojamiento y comida á tan augusto personaje y á su numerosa comitiva.

El baroncito Corduanspitz se puso entonces más blando y tierno que un mazapán, miró con amartelados ojos á la señorita Ana, tomó su mano algo tosca y no muy blanca para estampar en ella sus labios, y aseguró que jamás había tenido la atención de causar la menor incomodidad al querido papá, ni tampoco á su lindísima hija. Siempre, cuando viajaba, llevaba consigo bodega y cocina; y en punto á alojamiento, lo que únicamente pedía, era un rinconcito de tierra al aire libre, donde pudiera su gente, como tenía de costumbre, edificar su palacio de viaje para él, su comitiva y el ganado que llevaba consigo.

Estas patabras del barón Porfirio de Ockerodastes produjeron transportes de alegría en Anita, quien para mostrar que no era avara de lo que tenía, como se pudiera sospechar, tuvo intenciones de ofrecer al señorito un pastel que había reservado de la última fiesta de la parroquia, con un vasito de aguardiente de remolacha, á no ser que prefiriese el absinto doble que la criada había traído de la ciudad, y había celebrado como el licor más estomacal del mundo; pero no pudo hacerlo, porque

añadió Corduanspitz que había escogido el huerto como el sitio más á propósito para edificar su palacio, y esto dió al traste con la alegría de Anita.

Mientras que los súbditos del barón, para celebrar la llegada de su amo al castillo de Dapsulheim, continuaban sus juegos olímpicos, y ya se daban golpes en el vientre con sus cabezas enormes corriendo unos tras otros, ya se tiraban de espaldas, ya se lanzaban al aire, ya jugaban á los bolos, haciendo á la vez de bolos, de bolas y de jugadores, el baroncito Porfirio de Ockerodastes emprendía una conversación, cuya gravedad aumentaba por momentos, con el señor Dapsul de Zabelthau: al fin los dos se dieron la mano y subieron juntos á la torre astronómica.

Trémula Anita de inquietud y de espanto, corrió precipitadamente al huerto para salvar del pillaje lo que se conservara todavía. La criada estaba ya en aquel sitio y lo miraba todo con la boca abierta, y sin hacer el menor movimiento cual si se hubiera convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot. Púsose también á mirar la señorita Ana sin decir una palabra, pero al cabo exclamaron ambas con una voz que resonó al lejos: « ¡Oh, Dios mío! ¡qué desgracia! »

El hermoso huerto estaba destruido de cabo á rabo; ¡ni había legumbres, ni había verdura! parecía solamente un campo inculto y desierto.

— ¡Ah! ya sé yo quién ha hecho esta fechoría, exclamó furiosa la criada; esos malditos que acaban de llegar en coche y á caballo, y que la quieren echar de señorones. Son diablillos, creedlo, señorita Ana: diablillos, hechiceros del infierno, y si yo tuviera el más pequeño *ninun crus*, yo les haría ver milagros. ¡Cruelles! ¿No hay más que venir á?... Voy á destrozarlos con esta azada.

Y la criada, mientras decía estas palabras, blandía su

arma en guisa de amenaza y la señorita Ana daba tremendos gritos.

En aquel momento vieron que se acercaban cuatro señores de la comitiva de Corduanspitz, tan lindos, tan galantes, y al mismo tiempo de una fisonomía tan singular, que la criada en vez de destrozarlos, como había pensado, dejó caer lentamente la azada y la señorita Ana dejó de llorar.

Estos señores dijeron que eran los más íntimos amigos del señor barón Porfirio de Ockerodastes, y los que más cerca andaban de su augusta persona: pertenecían á diferentes naciones, como lo indicaban sus vestidos simbólicos y se llamaban: Pan Kapustowicz de Polonia, Schwartzrettig de Pomerania, el signor de Broccoli de Italia y Mr. de Rocambole de Francia. Dijeron en rimbombantes frases que los arquitectos iban á llegar al momento y que la encantadora señorita iba á tener el rarísimo placer de ver construir en pocos minutos un bellissimo y lacio de seda.

— ¿Qué me importa vuestro palacio de seda? respondió la señorita Ana dando un doloroso grito; ¿ni qué me importa vuestro barón de Corduanspitz, ¡infames! si habéis destruído mis hermosas legumbres y hortalizas y con ellas toda mi alegría?

Los galanes cortisanos trataron de consolar á Anita y le aseguraron que no debía quejarse de la destrucción del huerto, porque bien pronto, vería otro mucho más hermoso, rico y floreciente; un huerto, en fin, que jamás se había visto otro igual en el mundo.

Los arquitectos llegaron entre tanto y pusieron manos á la obra, con lo que al poco tiempo se armó tal ruido y tan terrible confusión en la superficie del jardín, que la señorita Anita y la criada se pusieron espantadas en fuga, y fueron á ocultarse entre unos zarzales, para ver desde allí todo lo que pasaba.

Vieron maravillas inexplicables, prodigios de arquitectura; vieron levantarse en pocos minutos una alta y magnífica tienda de seda amarilla adornada con guirnaldas y penachos, tienda que cubría todo el huerto y que estaba sostenida por cuerdas atadas á los árboles del bosque situado detrás de la aldea de Dapsulheim.

Acabada de levantar la tienda, Porfirio de Ockerodastes bajó de la torre astronómica con el señor Dapsul de Zabelthau, lo abrazó repetidas veces con la mayor ternura, volvió á subir en su carruaje de ocho caballos, y seguido de su comitiva, entró con el mismo orden con que había llegado, en su palacio de seda, cuyas puertas se cerraron así que hubo entrado el último caballero de la retaguardia.

Jamás Anita había visto tan alegre á su papá; su frente, cubierta siempre por una nube sombría, estaba entonces serena y radiante, y por su sonrisa y el fuego divino de su mirada se conocía que acababa de haber en el castillo de Dapsulheim una alegría tan grande como inesperada. Zabelthau tomó á Anita por la mano, sin pronunciar una palabra, la llevó á su casa, la abrazó y besó tres veces, y expresó al fin su alegría en estos términos:

— « ¡Afortunada Anita! ¡Venturoso padre! ¡Oh hija mía! ¡Adiós, inquietudes, tristeza, sobresaltos! Sábeta que nuestro huésped el barón Porfirio de Ockerodastes no es un gnomo enemigo. Es verdad que su padre fué uno de los espíritus peligrosos de que te he hablado; pero supo purificar su noble naturaleza en la escuela de la salamandra Oromasis. El fuego purificante le inflamó de amor por una mortal con la cual se casó, y á la que hizo jefe de la más ilustre familia que ha adornado jamás con su nombre la superficie de un pergamino.

» Creo haberte dicho ya en otra ocasión, mi querida hija Ana, que el discípulo de la gran salamandra Oromasis, el noble gnomo Tsilmenech (palabra caldea que en

verdadero y puro alemán significa *avestruz*), se enamoró de la célebre Magdalena de la Cruz, noble y religiosa señora de Córdoba en España, y vivió con ella en matrimonio enconfitado de amor y de placeres. De tan ilustre familia, de la unión de dos naturalezas tan sublimes, nació nuestro querido barón Porfirio de Ockerodastes, que tomó el sobrenombre de Corduanspitz, para indicar el sitio de su nacimiento y para distinguirse de otra rama colateral, más orgullosa aunque menos respetable, que tiene el sobrenombre Caldeo de Saffian.

» La adición de la sílaba *spitz* tiene quizás un origen astrológico: ya trataré de descubrirlo. Á ejemplo de su noble abuelo el gnomo Tsilmenech, que amó á Magdalena de la Cruz desde que ésta tuvo doce años, nuestro ilustre barón Porfirio de Ockerodastes esperó, para enamorarse de tí, á que tuvieses doce años cumplidos. Tuvo la felicidad de recibir una sortija de oro de tus manos, y tú recibiste en cambio un anillo que él te ofreció: por este compromiso irrevocable llegaste á ser novia suya. »

— « ¡Cómo! exclamó Anita sorprendida y conternada; ¡cómo! ¿novia suya? ¿Me he de casar yo con ese diablillo? ¿No soy novia, hace ya mucho tiempo, del Sr. Amando de Nebelstern? No: jamás tomaré por marido á un hechicero tan feo, aun cuando pertenezca á la ilustre rama de los Corduan ó de los Saffian. »

— « ¡Ah! veo con mucho sentimiento, respondió en tono grave el Sr. Dapsul de Zabelthau, veo con mucho sentimiento cuán de lleno tiene que penetrar todavía la sabiduría eterna en tu espíritu terrestre y material. ¡Cómo! ¿te parece feo, hasta el extremo de causarte miedo, el ilustre barón Porfirio de Ockerodastes? ¿Es quizás porque no tiene más que tres pies de largo y á excepción de la cabeza, nada tiene de hermoso, ni las piernas, ni los brazos, ni otros accesorios semejantes?

¿ Conque quiere decir que lo que deseas es un petimetre de piernas largas que no barra la tierra con los faldones de su casaca ? ¡ Error, hija mía ! ¡ Error funesto y pernicioso !

» ; Toda hermosura tiene su asiento y residencia en la sabiduría ; toda sabiduría reside en el pensamiento, y el simbolo físico del pensamiento es la cabeza ! Si ; mientras más gorda es la cabeza del hombre, más sabiduría y hermosura tiene ; y si el hombre pudiera dejar á un lado todos los demás miembros como objetos de inútil lujo, llegaría entonces, no al bello, sino al sublime ideal. ¿ De dónde proceden, dime : de dónde proceden todos nuestros pesares, obstáculos, quejas y discordias sino de la maldita sobra de miembros ? ¡ Oh ! cuánto ganarían en la tierra el reposo y la felicidad si el hombre no tuviera vientre... espaldas, brazos ni piernas, si no fuese más que un busto ! Por eso no puedo menos de admirar la feliz idea de los artistas que, para hacernos comprender la sublime naturaleza de los grandes estadistas y de los grandes sabios, grandes por los destinos que ocupan y los libros que escriben, nos los representan solamente en busto.

» No vuelvas, pues, hija mía, no vuelvas á hablarme de la horrorosa fealdad y físicos defectos del más noble de los espíritus, del sublime Porfirio de Ockerodastes : fuiste y seguirás siendo novia suya.

» Sábetelo que tu padre va á llegar bien pronto, por su mediación, á la suprema felicidad que por tanto tiempo ha deseado en vano. Sabiendo á ciencia cierta que la sílfide Nehahilab (que en idioma siríaco significa *nariz puntiaguda*) está enamorada de mí, Porfirio de Ockerodastes me ha prometido servirme con todo su poder, y hacerme digno un día de tan elevada alianza. Mucho te alegrarás, hija mía, de tener una madrastra como la que vas á tener. ¡ Haga la Providencia, dando oídos á nuestros

ardientes votos, que ambos matrimonios puedan celebrarse en un solo y mismo día ! »

El señor Dapsul de Zabelthau, así que hubo pronunciado estas palabras, se alejó, lanzando una mirada significativa á su hija y saliendo de la habitación de una manera verdaderamente patética.

Quedóse Anita sola, y reflexionando en lo que acababa de decirle su padre, se acordó de que siendo niña se le había caído una sortija que llevaba en el dedo y se le había perdido sin saber cómo. Todo se explicaba fácilmente : el petimetre hechicero la había cogido en sus lazos ; ya no le sería posible rescatar su libertad : su desgracia era hartamente cierta. Para aliviar su pobre corazón, cogió una pluma y escribió animosamente una carta al Sr. Amando de Nebelstern, concebida en estos términos :

« Queridísimo Amando :

» Se acabó, soy la mujer más desdichada del mundo : suspiro y gimo tan dolorosamente que mis aves y mis queridas ovejas se enternecen al oírlo, y creo que tú serás todavía más sensible, querido Amando. Al fin, supuesto que la desgracia es común para ambos, también debe de ser común para ambos el dolor. Ya sabes que nos amamos con tanta ternura, que es imposible que haya en todo el orbé una pareja más enamorada ; sabes también que soy tu novia, y sabes también que papá quería acompañarnos á la iglesia. Pues bien : ahora tenemos que de repente ha venido un hombre muy enano, vestido de amarillo, en un coche tirado por ocho caballos, con gran séquito de señores y de criados, y dice que hemos trocado de sortijas, y que estoy comprometida con él.

» ¡ Hazte cargo de cómo estaré ! Papá dice también

que debo casarme con este señor porque es de muy buena familia, cosa muy posible á juzgar por la comitiva y por los vestidos de los criados; pero tiene un nombre tan horroroso, que solamente por eso no seré nunca su mujer. No puedo pronunciar todas las herejías de que se compone su dichoso nombre: se llama también, según creo, Corduanspitz, que es un apellido colateral. Cuando me escribas dime si los Corduanspitz son en efecto grandes señores, porque eso debe saberse en la ciudad.

» No sé cómo papá piensa, al cabo de sus años, en volver á casarse: el baroncito Corduanspitz se ha encargado de proporcionarle por esposa una mujer que vive en el aire. ¡Ay, Dios nos libre! Nuestra criada alza los hombros y dice que jamás ha hecho mucho caso de las señoras de altos puestos, que vuelan por el aire y nadan por el agua, y que está decidida á dejar nuestra casa, y que desea por interés mío que mi futura madrastra se rompa la cabeza en la primera ascensión que haga á San Walpurgis. ¡ Buenas cosas piensa por cierto! Pero en ti es donde descansa mi esperanza. Ya lo ves; papá me lo ha dicho: eres hombre que has ó tienes de ser... que tienes que salvarme de un gran peligro. El peligro ha llegado ya: ven, corre, salva á tu comprometida desgraciada, pero que suceda lo que suceda te será fiel hasta la muerte.

ANA DE ZABELTHAU.

» P. D. ¿ No podrías desafiar á ese amarilloso Corduanspitz? Tú eres de cierto el más fuerte, porque él no puede tenerse en pie.

» P. D. Vuelvo á suplicártelo: arregla tu maleta y vente volando para salvar á tu desgraciada y fidelísima novia.

ANA DE ZABELTHAU. »

CAPÍTULO IV

En que primero se describe la corte de un poderoso monarca y después se cuenta un singular y sangriento combate, y otros sucesos no menos curiosos.

Anita estaba casi parálitica por la fuerza del dolor que experimentaba. Sentada en la ventana y con los brazos cruzados, miraba hacia el patio, sin reparar en que el ganado menudo con sus berridos, píos y cacareos, llamaban al ama de la casa, porque se acercaba la noche y querían recogerse á dormir, según era costumbre.

Anita vió con la más triste indiferencia que la criada le usurpaba sus funciones, y esta indiferencia no se alteró aun cuando vió dar un vigoroso golpe al gallo por no querer marchar en orden y por sublevarse contra el representante de su joven ama. Presa enteramente del dolor que desgarraba su seno, había perdido la simpatía que le hacía compadecer los dolores de su gallo, de aquel gallo que ella había criado, cuya educación le había proporcionado tan deliciosas horas, y á quien educó sin leer á Chersterfield ó Knigge, sin consultar á Mad. Genlis ni á tantas señoras célebres por su conocimiento del corazón humano, que tienen en la punta de la uña todo lo que concierne á la dirección de las almas jóvenes por la senda de la virtud. Anita, sin embargo, no era insensible.

Corduanspitz no se] había dejado ver en todo el día;